

Amílcar Herrera: una evocación personal

Oscar Nudler

Al regresar de un viaje al exterior alguien me dio la triste noticia de la muerte de Amílcar Herrera. Aún impactado por la reciente noticia, me han pedido que escriba unas líneas sobre él.

Tratándose de una personalidad descollante y multifacética, un hombre renacentista que vivió en una época en que dominaban las especialidades estrechas, son muchos los ángulos desde los cuales podría abordarse una evocación. Se podría, por ejemplo, hacer referencia a su contribución como científico en el campo de los recursos naturales, o a sus aportes en el área de la política científica y tecnológica, o a su conducción de ambiciosos proyectos interdisciplinarios, especialmente el Modelo Mundial Latinoamericano de la Fundación Bariloche. En todos estos campos su contribución ha sido sin duda notable. Sin embargo, me siento más inclinado a referirme en esta circunstancia a otra faceta, si se quiere más profunda, del pensamiento y la acción de Amílcar, faceta que alcanzó su madurez durante los últimos años. Se trata de su pensamiento filosófico, de su visión del mundo y de la historia y del destino de la humanidad. Múltiples razones me impulsan a centrarme en este aspecto, desde mi propia deformación profesional hasta el hecho de que durante un período de casi dos años, en que tuve el privilegio de trabajar en el Departamento de Política Científica de la Universidad de Campiñas que estaba bajo su dirección, ésta, su poderosa visión, fue un tema recurrente en nuestras conversaciones casi cotidianas.

Tal vez deba empezar por decir que Amílcar, en esas épocas en que lo traté tan de cerca (entre los años 1988 y 1990), me impresionaba sobre todo por su preocupación profunda y constante por la "situación humana". El mundo como un todo era su foco y recuerdo cómo se impacientaba con quienes en aquellos años abogaban por puntos de vista puramente locales o regionales que ignoraban la existencia de una "civilización mundial". Su inmenso bagaje de información y su continua reflexión sobre una gran variedad de temas que iban desde la evolución biológica hasta el desarrollo de las civilizaciones históricas, le habían hecho concluir, en primer lugar, que la humanidad se hallaba, por primera vez en su historia, en una encrucijada decisiva en que, o bien resolvía los problemas materiales y vitales del conjunto de la población mundial y quedaba así en condiciones de avanzar hacia un nuevo estadio en

su evolución espiritual, o bien corría el serio riesgo de autodestruirse. Este, según él lo veía, era el punto al que la civilización humana había llegado después de una "larga jornada", desde la época de la caza y la recolección hasta la era nuclear. Y había concluido, en segundo lugar, que las soluciones más comunes que se ofrecían en el mercado, que implicaban reduccionismos de diverso tipo, tanto de tipo cientificista como economicista, no eran capaces de proveer una solución sino que eran más bien parte del problema. A partir de reconocer estas insuficiencias características de la civilización occidental moderna, su búsqueda de causas y remedios se volvió intensa, casi obsesiva podría decirse. Entre otras áreas, volvió su mirada inquisitiva hacia las religiones orientales, especialmente el hinduismo, y las culturas llamadas "primitivas". Cierta vez se entusiasmó al descubrir un poema de los indios Kogui de Colombia:

Primero estaba el mar, todo estaba oscuro.
No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas.
El mar estaba en todas partes.
El mar era la madre.
La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna.
Ella era espíritu de lo que iba a venir,
y ella era pensamiento y memoria.

(incluido en A. Herrera, *La larga jornada*, p. 182).

A partir de estas y otras variadas y numerosas fuentes, que iban desde los Upanishads hasta los físicos creadores de la mecánica cuántica, Amílcar se convenció de que debía reconocerse como esencial en la evolución de la vida y de la humanidad una ley, que llamó ley de la "sintropía", que caracterizaba a la mente humana y que consiste en una búsqueda de información creciente. Y que, como sugiere el poema Kogui, se traduce en una expansión del pensamiento y la memoria. Esta expansión, lejos de estar subordinada al desarrollo material, lo antecede y prefigura, como lo muestra, por ejemplo, el arte primitivo, del cual era un gran admirador. Un punto fundamental que destacaba aquí Amílcar es que este desarrollo no se agota en la conquista de un mayor conocimiento científico del universo, ni siquiera si se agrega el desarrollo de otras formas del conocimiento a través de las artes y las humanidades. Justamente el limitarse a estas formas es una fuente principal de nuestros problemas civilizatorios. Debe ser, además de ello y por sobre todo, un desarrollo del autoconocimiento, del conocimiento de las potencialidades de la mente humana.

Amílcar sabía de la resistencia que estas ideas, más aún al provenir de su prestigio académico y científico, podían provocar:

Somos totalmente conscientes de que decir en un mundo cuya principal preocupación parece ser el bienestar material que la crisis actual representa la transición para realizar el destino del hombre, el total desarrollo de las potencialidades de la mente, puede parecer extraño.

Sin embargo, ello no lo arredraba en lo más mínimo. Cuando se dirigía a una audiencia, cualquiera fuera ésta, era claro que su propósito no era agradar o complacer sino expresar con claridad y total honestidad sus ideas.

Esta última imagen de un Amílcar comprometido y lúcido en la defensa de una visión del mundo de una gran amplitud y profundidad me ha quedado firmemente grabada. Pero esta evocación sería más incompleta aún de lo que irremediablemente es si no aludiera a su esperanza en la juventud. La juventud fue para él motivo de una absorbente dedicación donde le tocó enseñar. Junto con su compañera de toda la vida, Lía Herrera, una mujer dulce y sabia cuya muerte significó para él un golpe del que no pudo recuperarse, formó un grupo de discípulos jóvenes que se reunieron semanalmente durante años en su acogedora casa de Campinas y a quienes transmitió su amor por la vida y el conocimiento.

Amílcar Herrera fue sin duda un gran maestro. Un día, una ignominiosa dictadura lo obligó a irse de nuestro país. Afortunadamente su pensamiento y su obra pudieron seguir floreciendo más allá de nuestras fronteras. Hoy continúa siendo fuente de inspiración para todos nosotros.